

## Fides et ratio

# Cercanía y distancia en la mirada de Juan Pablo II

Samuel Yáñez\*

En este artículo me mueve la siguiente pregunta: ¿qué nos dijo y qué nos deja Juan Pablo II, ahora que ya "regresó a la casa de Dios"? (arzobispo Sandri). Quiero compartir con los lectores estas reflexiones iniciales sobre su pontificado bajo la luz de la encíclica *Fides et ratio*.

Ha muerto Juan Pablo II. Indudablemente, estamos aún demasiado cerca para hacer un balance de su pontificado. Pero en estos días, y como un modo de recoger y valorar su legado, he vuelto a una de sus encíclicas, *Fides et ratio*, del 14 de septiembre de 1998. Ya la había estudiado en su momento, pero ahora volví a ella en el contexto de la partida del Papa. El documento está dirigido a los obispos de la Iglesia católica, pero también a teólogos y fieles en general. También se trata de una palabra para filósofos y para profesores de filosofía. Fue una de las voces del Papa peregrino que se acercó a más de un centenar de países y quiso alcanzar los más diversos ámbitos de la vida humana. *Fides et ratio* se ocupa de las relaciones entre la fe y la razón filosófica.

### CONÓCETE A TI MISMO

Llama mi atención, en primer lugar, algo que fue latamente destacado por la serie de documentales y recuerdos desplegados por la televisión abierta en los días anteriores y posteriores a la muerte del Papa: la personalidad humana y cristiana de este hijo de la iglesia de Polonia. Me impresionó siempre su transparencia y cercanía humanas. Esto se nota en *Fides et ratio*<sup>1</sup>.

Juan Pablo II vibró con la filosofía. En el fondo del corazón de todo ser humano, nos dijo, late acuciante la pregunta por el sentido de la propia existencia y de toda la realidad (1). La filosofía ha destacado por su contribución a la formulación de esta interrogante y al trazado de su respuesta (3). Esto es así porque la filosofía, nacida de la radical perplejidad humana, está indisolublemente ligada a la búsqueda de la verdad de la propia existencia. Nos habita en el fondo un enigma. Por todo esto, hay que afirmar la prioridad del *pensar* respecto de cualquier *sistema* de pensamiento que se pretenda ya acabado (4).

Como creyente, Juan Pablo II quiso abrazar lo humano. Por

ello, en *Fides et ratio* insiste en que la Iglesia católica aprecia la filosofía, y la considera camino indispensable de conocimiento de ciertas verdades y ayuda insustituible para la comprensión y comunicación de la propia fe (5). La verdad que Dios revela en Jesucristo no está en contradicción con las verdades filosóficas (34). La Iglesia

estimula, promueve y anima el pensamiento filosófico (51). La fe es abogada convencida y convincente de la razón (56).

Ahora bien, la fe no es filosofía. Por ello, la Iglesia no propone una filosofía propia ni canoniza una filosofía en particular. Más bien, como la filosofía es autónoma en sus métodos y reglas, también cuando se relaciona con la teología, la Iglesia respeta esta independencia en su campo propio (49). Y el creyente, desde su experiencia de fe, está llamado a un discernimiento radical de las filosofías (23). Este discernimiento no es nada de fácil (51), y está iluminado por el Magisterio de la Iglesia (50).

Como muchos que se acercaron al Papa de diversas maneras, también experimenté al leer *Fides et ratio* el influjo de un Pastor que quiso hacerse cercano y animar mi vida creyente. El movimiento filosófico contemporáneo exige, dijo en la Encíclica, el esfuerzo atento y competente de filósofos creyentes capaces de asumir las esperanzas, nuevas perspectivas y problemáticas de este momento histórico (104).

### LA SITUACIÓN ACTUAL

¿Por qué escribió Juan Pablo II esta Encíclica? Son varios los motivos. Me quiero referir a uno de ellos, que toca más

\* Profesor de filosofía en la Universidad Alberto Hurtado y presidente en Chile de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX).

<sup>1</sup> Los números que aparecen entre paréntesis en el texto corresponden a la Encíclica *Fides et ratio*.



directamente mi ocupación de profesor de filosofía.

El Papa estaba preocupado por lo que podría llamarse una difundida mentalidad posmoderna<sup>2</sup> que parece dominar al ser humano actual, sobre todo en regiones y culturas de antigua tradición cristiana, pero que se extiende también a otras regiones. Esta mentalidad común gana adeptos y se transmite imperceptiblemente a las nuevas generaciones. El punto de vista de Juan Pablo II es, más que el de la filosofía en sentido *académico*, el de una filosofía *popular*. *Fides et ratio* caracteriza este *ethos* posmoderno con una multiplicidad de determinaciones: debilitamiento y oscurecimiento de la búsqueda de una verdad última y trascendente; valoración pragmática y utilitaria de la persona humana<sup>3</sup>; desconfianza en la capacidad de conocimiento de la verdad que posee la razón.

En este *humus* posmoderno se hace fuerte un pensamiento ambiguo e inmanentista. Juan Pablo II identifica en la Encíclica los peligros: un pensamiento que adopta ideas derivadas de diferentes fuentes, sin fijarse en su coherencia o conexión sistemática ni en su contexto histórico (eclecticismo); un pensamiento que establece la verdad de una afirmación sobre la base de su adecuación a un determinado período y a un determinado objetivo histórico (historicismo); un pensamiento que no admite como válidas otras formas de conocimiento que no sean las propias de las ciencias positivas, relegando al ámbito de la mera imaginación tanto el conocimiento religioso y teológico, como el saber ético y estético (cientificismo); un pensamiento gobernado por una actitud mental propia de quien, al hacer sus opciones, excluye el recurso a reflexiones teóricas y a valoraciones morales (pragmatismo). También menciona el agnosticismo, el relativismo, el materialismo, el escepticismo y formas de pseudoespiritualismo.

Este panorama sombrío de la mentalidad popular y también de algunas corrientes actuales de la filosofía académica, queda sintetizado por Juan Pablo II en el advenimiento del *nihilismo*, horizonte común para muchas filosofías que se han alejado del sentido del ser y que rechazan todo fundamento, niegan la verdad objetiva y, a fin de cuentas, terminan negando la identidad del mismo ser humano (90). Este pensamiento no puede ofrecer a las nuevas generaciones puntos de referencia sobre los cuales cimentar una vida con auténtico sentido humano. Está en juego el destino de la cultura y de la humanidad. Dice el Papa: “*una de las mayores amenazas en este fin de siglo es la tentación de la desesperación*” (91). Y agrega: “*lo más urgente hoy es llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de sentido último y definitivo de la existencia*” (102).

La filosofía *académica*, en este contexto, vive un período crítico y peligroso. Reducida a ser un saber sobre ámbitos particulares y, muchas veces, entregada a la sola búsqueda de certezas subjetivas o utilidades prácticas, ella no está a la altura de su vocación de verdad universal. Y una filosofía con estas características, además, si bien puede hacer aportes significativos en aspectos parciales al saber teológico, sin embargo no puede contribuir a la constitución renovada de una teología sistemática, especulativa y práctica. Por ello, también manifiesta preocupación Juan Pablo II por la débil estimación que en algunos círculos teológicos

2 Juan Pablo II usa aquí el vocablo *posmodernidad* en sentido amplio, como una ayuda para identificar genéricamente ciertas tendencias presentes hoy, pero sin entrar en una discusión más analítica sobre el concepto.

3 Se puede pensar en la expresión *capital humano*, como me ha hecho notar un amigo. ¿Por qué no llamamos al capital, más bien, *trabajo humano objetivado*?

## JUAN PABLO II, EL PAPA PEREGRINO

A las 18 horas del 16 de octubre de 1978 el humo blanco de la pequeña chimenea de la Capilla Sixtina anunciaba el nombramiento del cardenal Karol Wojtyła, de 58 años, sucesor número 263 de san Pedro. Faltando poco más de un mes para que cumpliera los 85 años de edad, y con el nombre de Juan Pablo II, muere el 2 de abril de 2005 a las 21.37 h. de Roma.

Se trató del tercer pontificado más largo de la historia del Papado. El de mayor duración fue el de San Pedro (no se conoce la fecha precisa), seguido por el Papa Pío IX (1846-1878: 31 años, 7 meses y 17 días). El de Juan Pablo II se prolongó por 26 años, 5 meses, 17 días. El cuarto fue el del sucesor de Pío IX, León XIII (1878-1903: 25 años, 4 meses y 17 días).

Juan Pablo II escribió 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 14 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas y 29 motu proprio, además de cientos de mensajes y cartas. Pronunció más de 20 mil discursos.

Y fue el primer Papa en publicar durante su pontificado cinco libros de carácter personal, es decir, no magisterial: *Cruzando el Umbral de la Esperanza* (1994); *Mi vocación, Don y Misterio* (1996), *Tríptico Romano* (2003), ¡*Levantaos, Vamos!* (2004), *Memoria e identidad* (2005).

Juan Pablo II se encontró en las audiencias romanas con 18 millones de personas; canonizó a 482 beatos y beatificó a 1.338 siervos de Dios...

Al principio del pontificado de Juan Pablo II, la Santa Sede tenía relaciones diplomáticas con 85 países. Ahora las tiene con 174 naciones, así como con la Unión Europea y las Soberanas Orden Militar de Malta. Son de naturaleza especial las relaciones con la Federación Rusa y con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

A lo largo de los años, el Papa peregrino realizó 104 visitas pastorales fuera de Italia, que fue como recorrer 28 veces el globo terráqueo. Hizo 143 viajes dentro de Italia y casi 700 en la ciudad y diócesis de Roma, entre ellos las visitas a 301 de las 325 parroquias de la diócesis de la que era obispo, además de institutos religiosos, universidades, seminarios, hospitales, casas de reposo, prisiones y escuelas.

Sus últimos viajes fuera de Italia los hizo el 2004: a Berna (Suiza) el 5 y 6 de junio, y a Lourdes (Francia) el 14 y 15 de agosto.

se tiene respecto de la filosofía clásica antigua y escolástica, y aun respecto del mismo saber filosófico.

## UNA HIPÓTESIS EXPLICATIVA

En *Fides et ratio*, Juan Pablo II, junto con presentar su diagnóstico<sup>4</sup>, quiso orientar ciertas búsquedas, marcar ciertos caminos, animar ciertos esfuerzos, determinar ciertos criterios de discernimiento, recordar ciertas exigencias ineludibles a la luz de la fe, la Escritura y la Tradición. Pero también aventuró una teoría explicativa que permitiera comprender por qué se ha llegado a esta situación en la mentalidad y el pensamiento contemporáneos.

Menciona el fenomenal desarrollo de los conocimientos científicos y la renovada sensibilidad para los asuntos culturales. Sin embargo, el eje de su explicación apunta a la crisis moderna y al quiebre, ya notorio en el Renacimiento, de la íntima relación entre razón y fe, y entre filosofía y teología.

*“La filosofía moderna, dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos. Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general”* (5).

En otro pasaje apunta a la separación entre razón y fe: *“a partir de la baja Edad Media la legítima distinción entre los dos saberes se transformó progresivamente en una nefasta separación. Debido al excesivo espíritu racionalista de algunos pensadores, se radicalizaron las posturas, llegándose de hecho a una filosofía separada y absolutamente autónoma respecto de los contenidos de la fe. Entre las consecuencias de esta separación está el recelo cada vez mayor hacia la razón misma. (...) Lo que el pensamiento patrístico y medieval había concebido y realizado como unidad profunda, generadora de un conocimiento capaz de llegar a las formas más altas de la especulación, fue destruido de hecho por los sistemas que asumieron la posición de un conocimiento racional separado de la fe o alternativo a ella. (...) No es exagerado afirmar que buena parte del pensamiento filosófico moderno se ha desarrollado alejándose progresivamente de la Revelación cristiana, hasta llegar a contraposiciones explícitas”* (45, 46).

En síntesis, el panorama preocupante de la filosofía actual tendría su origen, según Juan Pablo II, en el abandono moder-



**El panorama preocupante de la filosofía actual tendría su origen, según Juan Pablo II, en el abandono moderno de la prioridad de una filosofía del ser y en la creciente separación entre razón y Revelación. En este sentido, el Papa echaba de menos la profunda unidad construida por la patrística y el pensamiento medieval.**

no de la prioridad de una filosofía del ser y en la creciente separación entre razón y Revelación. En este sentido, el Papa echaba de menos la profunda unidad construida por la patrística y el pensamiento medieval.

## IDENTIDAD Y DIFERENCIA

¿Qué produce en mí esta palabra de Juan Pablo II, su diagnóstico e hipótesis comprensiva?

Algo en mí se experimenta cercano a ella. Es lo que llamo el momento de *identidad*. En efecto, pienso que el objeto radical de la búsqueda filosófica es precisamente la realidad y sus problemas constitutivos. La realidad no sólo es *término* de la filosofía, sino su misma *raíz* y *comienzo*. El Papa habla de filosofía del ser.<sup>5</sup> También me parece verdadero que existe, en ciertos ámbitos culturales, un *ethos* nihilista como el que describe la Encíclica. Pienso que él es expresión, entre otras razones, de los cambios profundos que experimenta nuestra vida actualmente. Y que también es consecuencia del predominio cultural de valores asociados a lo que el mismo Juan Pablo II llamaba el *capitalismo salvaje*. Nos encontramos en una encrucijada histórica de proporciones y, en ella, la filosofía puede aportar sapiencialmente, como lo señala *Fides et ratio*.

Pero, por otra parte, hay también algo en mí que experimenta lejana la voz de Juan Pablo II. Llamo a esto el momento de *diferencia*. ¿De qué se trata?

Me refiero a lo siguiente. Da la impresión de que, cuando escribía *Fides et ratio*, Juan Pablo II miraba primordialmente hacia atrás, con cierta dosis de nostalgia. Y que le parecía que la aventura moderna del pensamiento alojaba en su seno, sobre todo, olvido (del ser) y lejanía (de la Revelación). Es verdad que destaca algunos aportes de esta época, pero de manera insuficiente a mi juicio. Tal vez por ello, incluso cuando se refiere en la Encíclica a las tareas futuras de la filosofía y la teología, me queda la impresión de que básicamente sigue vuelto hacia atrás.

En efecto, pienso que una evaluación general de la filosofía moderna, desde el Renacimiento hasta ahora, debería integrar más decididamente sus aportes. No se trata sólo de que se olvidó algo,

<sup>4</sup> Aquí me he referido solamente a un aspecto del mismo, aunque pienso que es central.

<sup>5</sup> En términos filosóficos, sin duda habría que explicitar qué estoy entendiendo por *realidad*. Pero no es éste el lugar para hacerlo.

sino que los nuevos caminos han mostrado que la filosofía anterior, aquella que fue asumida por las elaboraciones patrísticas y sobre todo escolásticas, alojaba en su seno algunos supuestos no del todo pensados y justificados. La crítica moderna también nos ha *recordado* algunos olvidos anteriores. Significa, por tanto, un avance también para el pensamiento filosófico.<sup>6</sup>

Por otro lado, en los asuntos del pensamiento, como en todos los asuntos humanos, hay que tener siempre en cuenta la dosis de libertad de las opciones de cada cual, pero también las posibilidades que las tradiciones recibidas nos abren. De este modo, si efectivamente en la filosofía moderna se da un olvido del ser, es porque también en la tradición filosófica anterior estaba incoada dicha posibilidad. La crítica al derrotero moderno no basta: es necesario llegar más atrás con la crítica, para abrir los caminos del futuro.

En suma, la voz de Juan Pablo II me resulta lejana porque no asume más positivamente la historia filosófica de los recientes siglos. Por mi parte, pienso que en el *olvido y alejamiento* modernos sigue viva la presencia de una *memoria y cercanía*. Y que lo que me hace experimentar distancia de la voz de Juan Pablo II es aquello que el cardenal Martini llamaba “*núcleos doctrinales*”.

Paradoja de un pontificado y perplejidad de un creyente. Es lo que me queda al ver y casi tocar, gracias a la televisión, al Pastor cercano y que, sin embargo, nos deja en herencia una Iglesia en varios aspectos más lejana. ■

<sup>6</sup> Esto requeriría, qué duda cabe, desarrollo extenso. No puedo hacerlo aquí.

## LA VISITA DEL PAPA A CHILE

“La primera venida a Chile del jefe máximo de la Iglesia católica después de más de cuatro siglos de evangelización, podía constituir por este sólo hecho un acontecimiento histórico. Sin embargo, las expectativas apuntaban a mucho más que a una celebración. Para una sociedad profundamente dividida, amenazada por la desintegración nacional y moral, la visita del Papa constituía una esperanza de reconstituir la unidad perdida. (...)”

En sus discursos el Papa condenó la tortura, lamentó el exilio, reivindicó los derechos de los trabajadores, de los campesinos, de los mapuches. Pero más importante que sus palabras —que muchos consideraron poco novedosas y hasta conservadoras— fue el hecho de que el Papa estuvo junto al pueblo de Chile, lo escuchó, lo acompañó. Más impactante que sus palabras sobre la tortura, fue su abrazo a Carmen Gloria Quintana —joven quemada por los militares— a quien le dijo: “Lo sé todo”. Su breve visita a la Vicaría de la Solidaridad inmediatamente después de su llegada —no transmitida por Canal 7— no fue sólo un respaldo a esa institución, sino también un testimonio de que estaba junto a ella y junto al pueblo de Chile en la defensa de los derechos humanos.

Sin embargo, la presencia de Juan Pablo II, además de ser un acontecimiento histórico porque permitió la expresión y movilización de las grandes mayorías, lo fue también porque se convirtió en un referente común para todos los chilenos. Su intervención jugó un rol de integración nacional.”

(*Mensaje*, N° 358, mayo de 1987. Extracto del comentario nacional “La visita del Papa: Perspectivas socio-políticas”, de Jaime Ruiz-Tagle)